

en conclusiones, con tanta guisa se sostenían en un parlar de un mo-  
zo, como si se acostara entre dos sábanas de lino: finalmente  
le salió tan bien con el asunto de piqueo, que pudiera ser caído en  
la facilidad al famoso de Alarcón.

Los tres años que tardó en parecer y volver a su casa aprendió a  
jugar a la taca en Madrid, y al ventoy en las ventinas de Toledo,  
a pique y pinta en las tabernas de Sevilla, pero con ser  
ancho y esto género de vida la miseria y estrechez. Porque Car-  
riazo ser un principio en sus obras, á tipo de escopeta en sus sonidos  
descubría ser bien nacido, porque era generoso y bien parecido con  
sus camaradas, trataba pocas veces las cosas de poco, y andaba  
debia vino.

### LA ILUSTRE FREGONA

que llaman escopetas, que con el tipo de escopeta en sus sonidos  
de, como se las que el rostro contra se la hubieron tapada con  
derrota y alianza.

En fin, en el primer año que vino al mundo en el mundo, como  
estado, y más que medianamente discreto, pasó por todos los juegos  
de piqueo, hasta que se graduó de maestro en las tabernas de Xa-

En Búrgos, ciudad ilustre y famosa, no há muchos años que en  
ella vivian dos caballeros principales y ricos: el uno se llamaba don  
Diego de Carriazo, y el otro don Juan de Avendaño.

El don Diego tuvo un hijo á quien llamó de su mismo nombre,  
y el don Juan otro á quien puso don Tomas de Avendaño.

A estos dos caballeros mozos, como quien han de ser las princi-  
pales personas deste cuento, por excusar y ahorrar letras, les llama-  
remos con solos los nombres de Carriazo y de Avendaño.

Trece años ó poco más tendria Carriazo, cuando llevado de una  
inclinacion picaresca, sin forzarle á ello algun mal tratamiento que  
sus padres le hiciesen, sólo por su gusto y antojo, se desgarró, como  
dicen los muchachos, de casa de sus padres, y se fué por ese mundo  
adelante, tan contento de la vida libre, que en la mitad de las inco-  
modidades y miserias que trae consigo, no echaba ménos la abun-  
dancia de la casa de su padre, ni el andar á pié le cansaba, ni el frio  
le ofendia, ni el calor le enfadaba: para él todos los tiempos del año  
le eran dulce y templada primavera: tan bien dormia en parvas, como

en colchones; con tanto gusto se soterraba en un pajar de un meson, como si se acostara entre dos sábanas de Holanda; finalmente, él salió tan bien con el asunto de pícaro, que pudiera leer cátedra en la facultad al famoso de Alfarache.

En tres años que tardó en parecer y volver á su casa aprendió á jugar á la taba en Madrid, y al rentoy en las ventillas de Toledo, y á presa y pinta en pié en las barbacas de Sevilla; pero con serle anejo á este género de vida la miseria y estrechez, mostraba Carriazo ser un príncipe en sus obras; á tiro de escopeta en mil señales descubria ser bien nacido, porque era generoso y bien partido con sus camaradas; visitaba pocas veces las ermitas de Baco, y aunque bebia vino, era tan poco, que nunca pudo entrar en el número de los que llaman desgraciados, que, con alguna cosa que beban demasiado, luégo se les pone el rostro como si se le hubiesen jalbegado con bermellon y almagre.

En fin, en Carriazo vió el mundo un pícaro virtuoso, limpio, bien criado, y más que medianamente discreto: pasó por todos los grados de pícaro, hasta que se graduó de maestro en las almadrabas de Zahara, donde es el finibusterre de la picaresca.

¡Oh pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios; pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid; vistosos oracioneros, esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterva innumerable que se encierra debajo deste nombre pícaro! Bajad el toldo, amainad el brio; no os llameis pícaros si no habeis cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes: allí, allí está en su centro el trabajo junto con la poltronería; allí está la suciedad limpia, la gordura rolliza, la hambre pronta, la hartura abundante, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pendencias por momentos, las muertes por puntos, las pullas á cada paso, los bailes como en bodas, las seguidillas como en estampa, los romances con estribos, la poesía sin acciones; aquí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá se juega, y por todo se hurta; allí campea la libertad y luce el trabajo; allí van ó envian muchos padres principales á buscar á sus hijos, y los hallan; y tanto sienten sacarlos de aquella vida, como si los llevaran á dar la muerte.

Pero toda esta dulzura que he pintado tiene un amargo acíbar que la amarga, y es no poder dormir sueño seguro sin el temor de que en un instante los trasladen de Zahara á Berbería: por esto las noches se recogen á unas torres de la marina, y tienen sus atajadores y centinelas, en confianza de cuyos ojos cierran ellos los suyos; puesto que tal vez ha sucedido que centinelas y atajadores, pícaros, mayores, barcos y redes, con toda la turbamulta que allí se ocupa, han anochecido en España y amanecido en Tetuan.

Pero no fué parte este temor para que nuestro Carriazo dejase de acudir allí tres veranos á darse buen tiempo: el último verano le dijo tan bien la suerte, que ganó á los naipes cerca de setecientos reales, con los cuales quiso vestirse, y volverse á Búrgos, y á los ojos de su madre, que habia derramado por él muchas lágrimas; despidióse de sus amigos, que los tenia muchos y muy buenos; prometióles que el verano siguiente sería con ellos, si enfermedad ó muerte no lo estorbaba; dejó con ellos la mitad de su alma, y todos sus deseos entregó á aquellas secas arenas, que á él parecian más frescas y verdes que los Campos Elíseos; y por estar ya acostumbrado á caminar á pié, tomó el camino en la mano, y sobre dos alpargates se llegó desde Zahara hasta Valladolid, cantando las tres ánades, madre: estúvose allí quince dias para reformar la color del rostro, sacándola de mulata á flamenca, y para trastejarse y sacarse del borrador de pícaro y ponerse en limpio de caballero.

Todo esto hizo segun y como le dieron comodidad quinientos reales con que llegó á Valladolid, y áun dellos reservó ciento para alquilar una mula y un mozo, con que se presentó á sus padres honrado y contento.

Ellos le recibieron con mucha alegría, y todos sus amigos y parientes vinieron á darle el parabien de la buena venida del señor don Diego de Carriazo su hijo.

Es de advertir que, en su peregrinacion, D. Diego mudó el nombre de Carriazo en el de Urdiales, y con este nombre se hizo llamar de los que el suyo no sabian.

Entre los que vinieron á ver el recién llegado, fueron D. Juan de Avendaño y su hijo D. Tomás, con quien Carriazo, por ser ambos

de una misma edad y vecinos, trabó y confirmó una amistad estrechísima.

Contó Carriazo á sus padres y á todos mil magníficas y luengas mentiras de cosas que le habian sucedido en los tres años de su ausencia; pero nunca tocó ni por pienso en las almadras, puesto que en ellas tenía de continuo puesta la imaginacion, especialmente cuando vió que se llegaba el tiempo donde habia prometido á sus amigos la vuelta; ni le entretenia la caza en que su padre le ocupaba, ni los muchos, honestos y gustosos convites que en aquella ciudad se usan le daban gusto: todo pasatiempo le cansaba, y á todos los mayores que se le ofrecian anteponia el que habia recibido en las almadras.

Avendaño, su amigo, viéndole muchas veces melancólico é imaginativo, fiado en su amistad se atrevió á preguntarle la causa, y se obligó á remediarla, si pudiese y fuese menester, con su sangre misma.

No quiso Carriazo tenérsela encubierta, por no agraviar á la grande amistad que le profesaba; y así le contó punto por punto la vida de la jábega, y como todas sus tristezas y pensamientos nacian del deseo que tenía de volver á ella, pintósela de modo que Avendaño, cuando le acabó de oír, ántes alabó que vituperó su gusto.

En fin, el de la plática fué disponer Carriazo la voluntad de Avendaño de manera, que determinó de irse con él á gozar un verano de aquella felicísima vida que le habia descrito, de lo cual quedó sobre modo contento Carriazo, por parecerle que habia ganado un testigo de abono que calificase su baja determinacion; trazaron ansimismo de juntar todo el dinero que pudiesen, y el mejor modo que hallaron fué que de allí á dos meses habia de ir Avendaño á Salamanca, donde por su gusto tres años habia estado estudiando las lenguas griega y latina, y su padre queria que pasase adelante y estudiase la facultad que él quisiese; y que del dinero que le diese habria para lo que deseaban.

En este tiempo propuso Carriazo á su padre que tenía voluntad de irse con Avendaño á estudiar á Salamanca. Vino su padre con tanto gusto en ello, que, hablando al de Avendaño, ordenaron de

ponerles juntos casa en Salamanca, con todos los requisitos que pedian ser hijos suyos.

Llegóse el tiempo de la partida; proveyéronles de dinero, y enviaron con ellos un ayo que los gobernase, que tenía más de hombre de bien que de discreto.

Los padres dieron documentos á sus hijos de lo que habian de hacer y de cómo se habian de gobernar para salir aprovechados en la virtud y en las ciencias, que es el fruto que todo estudiante debe pretender sacar de sus trabajos y vigiliias, principalmente los bien nacidos.

Mostráronse los hijos humildes y obedientes; lloraron las madres; recibieron la bendicion de todos; pusieronse en camino con mulas propias y con dos criados de casa, amen del ayo, que se habia dejado crecer la barba por que diese autoridad á su cargo.

En llegando á la ciudad de Valladolid, dijeron al ayo que querian estarse en aquel lugar dos dias para verle, porque nunca le habian visto ni estado en él. Reprendióles mucho el ayo severa y ásperamente la estada, diciéndoles que, los que iban á estudiar con tanta priesa como ellos, no se habian de detener una hora á mirar niñerías, cuanto más dos dias, y que él formaria escrúpulo si los dejaba detener un solo punto, y que se partiesen luégo; y si no, que sobre eso morena.

Hasta aqui se extendia la habilidad del señor ayo ó mayordomo, como más nos diere gusto llamarle.

Los mancebitos, que tenían ya hecho su agosto y su vendimia, pues habian ya sacado cuatrocientos escudos de oro que llevaba su mayordomo, dijeron que sólo los dejase aquel dia, en el cual querian ir á ver la fuente de Argales, que la comenzaban á conducir á la ciudad por grandes y espaciosos acueductos.

En efecto, aunque con dolor de su ánima, les dió licencia, porque él quisiera excusar el gasto de aquella noche, y hacerle en Valdeastillas, y repartir las diez ocho leguas que hay desde Valdeastillas á Salamanca en dos dias, y no las veintidos que hay desde Valladolid; pero como uno piensa el bayo y otro el que le ensilla, todo le sucedió al revés de lo que él quisiera.

Los mancebos, con sólo un criado, y á caballo en dos muy buenas y caseras mulas, salieron á ver la fuente de Argales, famosa por su antigüedad y sus aguas, á despecho del Caño dorado y de la reverenda Priora, con paz sea dicho, de Leganitos, y de la extremadísima fuente Castellana, en cuya competencia pueden callar Corpa y la Pizarra de la Mancha.

Llegaron á Argales, y cuando creyó el criado que sacaba Avendaño de las bolsas del cojin alguna cosa con que beber, vió que sacó una carta cerrada, diciéndole que luégo al punto volviese á la ciudad y se la diese á su ayo, y que en dándola les esperase en la puerta del Campo.

Obedeció el criado; tomó la carta, volvió á la ciudad, y ellos volvieron las riendas, y aquella noche durmieron en Mojados, y de allí á dos dias en Madrid, y en otros cuatro se vendieron las mulas en públiza plaza, y hubo quien les fiase por seis escudos de prometido, y áun quien les diese el dinero en oro por sus cabales.

Vistiéronse á lo payo, con capotillos de dos haldas, zahones ó zaragiuelles y medias de paño pardo.

Roperó hubo que por la mañana les compró sus vestidos, y á la noche los habia mudado de manera que no los conociera la propia madre que los habia parido.

Puestos, pues, á la ligera y del modo que Avendaño quiso y supo, se pusieron en camino de Toledo *ad pedem litteræ* y sin espadas, que tambien el ropero, aunque no atañian á su menester, se las habia comprado.

Dejémoslos ir por ahora, pues van contentos y alegres, y volvamos á contar lo que el ayo hizo cuando abrió la carta que el criado le llevó, y halló que decia desta manera:

«Vuesa merced será servido, señor Pedro Alonso, de tener paciencia y dar la vuelta á Búrgos, donde dirá á nuestros padres, que habiendo nosotros sus hijos con madura consideracion considerado cuán más propias son de los caballeros las armas que las letras, habemos determinado de trocar á Salamanca por Bruselas y á España por Flandes; los cuatrocientos escudos llevamos, las mulas pensamos vender; nuestra hidalga intencion y el largo camino es bastante dis-

culpa de nuestro yerro, aunque nadie le juzgará por tal, si no es cobarde; nuestra partida es ahora, la vuelta será cuando Dios fuere servido, el cual guarde á vuesa merced como puede y estos sus menores discípulos deseamos. De la fuente de Argales, puesto ya el pié en el estribo para caminar á Flandes.—CARRIAZO Y AVENDAÑO.»

Quedó Pedro Alonso suspenso en leyendo la epístola, y acudió presto á su balija, y el hallarla vacía le acabó de confirmar la verdad de la carta, y luégo al punto en la mula que le habia quedado se partió á Búrgos á dar las nuevas á sus amos con toda presteza, porque con ella pusiesen remedio y diesen traza de alcanzar á sus hijos.

Pero destas cosas no dice nada el autor desta novela, porque así como dejó puesto á caballo á Pedro Alonso, volvió á contar lo que les sucedió á Avendaño y á Carriazo á la entrada de Illescas, diciendo:

Que al entrar de la puerta de la villa encontraron dos mozos de mulas, al parecer andaluces, en calzones de lienzo anchos, jubones acuchillados de anjeo, sus coletos de ante, dagas de gancho y espadas sin tiros; al parecer el uno venía de Sevilla y el otro iba á ella: el que iba estaba diciendo al otro:

—Si no fueran mis amos tan adelante, todavía me detuviera algo más á preguntar mil cosas que deseo saber, porque me has maravillado mucho con lo que has contado de que el conde ha ahorcado á Alonso Gines y á Ribera, sin querer otorgarles la apelacion.

—¡Oh pecador de mí!—replicó el sevillano;—armóles el conde zancadilla, y cogiólos debajo de su jurisdicción, que eran soldados, y por contrabando se aprovechó dellos, sin que la audiencia se los pudiese quitar: sábetete, amigo, que tiene un Bercebú en el cuerpo este conde de Puñonrostro, que nos mete los dedos de su puño en el alma; barrida está Sevilla y diez leguas á la redonda de jácaros; no pára ladron en sus contornos; todos le temen como al fuego, aunque ya se suena que dejará presto el cargo de asistente, porque no tiene condicion para verse á cada paso en dimes ni diretes con los señores de la audiencia.

—Vivan ellos mil años,—dijo el que iba á Sevilla,—que son padres de los miserables y amparo de los desdichados: ¡cuántos pobre-